

do allá abajo pero entonces era el punto más alto, ya casi no da hojas y es tan gruesa como un pequeño árbol». Ahí la comunión entre las vidas animal y vegetal y una especie de murmullo entre satisfecho y compadecido por aquel ser diminuto que un día le hizo sentirse tal vez más joven y apacible, ahí los recuerdos agolpándose en la piel ya dura del álamo carolina «cuando divisó la primera casa de un hombre y detrás de ella la relampagueante línea del ferrocarril». Ha surgido el entorno doméstico, la rara realización de un árbol como hogar y como lugar para el descanso y la apacibilidad.

Cuando acaba el verano algo se va transformando, desde ese salto de los pichones hacia su libertad de los aires, hasta esa ilusión de creerse «casi un pájaro» y sentir la piel como vestida de hojas que a su vez serán agitadas «con el viento» mientras el paisaje es todo un reto ante la soledad menos sentida. Pero el álamo carolina mantiene sus raíces fuertes en la tierra, sigue creciendo, tal vez en un deseo de elevarse sobre lo ya conocido como la casa o el ferrocarril o las voces que llegan de lejos. Se va acercando el otoño y surge el monólogo de la desolación, de un silencio apocado y lánguido. El árbol es testigo, mudo pero impaciente, de una nueva historia. Se nos participa la sensación de algún momento gris, casi húmedo, de amortiguadas sinfonías. Es tal vez la humedad de sus raíces la que le comunica con el resto del mundo, que le hace sentir la llegada del ferrocarril y saberse renacido junto a los demás habitantes de esa tierra plácida. Es el momento en que el álamo carolina se ha convertido en «un árbol más grande, el más grande y formidable de todos», aunque pudiera sentirse diferente a los demás, tal vez por no estar en la cercanía de otros árboles o por no disfrutar de un entorno de bosque y pradera.

Haroldo Conti nos lleva a una nueva reflexión, profunda y vitalista, sobre la existencia, dejando sólo anotados los breves trazos de la soledad y de la insatisfacción. Lo que del álamo carolina nos refleja en el mundo de soledades y aspectos taciturnos, al ver acercarse la vejez, queda como válido para una actividad mental más humanizada: la del ser vivo enfrentándose a una condición de simple unidad desprotegida frente a cuanto, repleto de peligros y acechanzas, le rodea. He aquí al hombre ante su propio drama, el ser-para-la-muerte de que hablan ciertos filósofos y el individuo desprotegido ante su particular dolor y ante el último minuto que nada ni nadie será capaz de evitar, no como premonición bíblica sino como simple realidad de la inmensa y trágica violencia que comienza en el momento mismo del parto, como castigo dramático por el abandono del claustro materno. Es el premio a la sintazón, al olvido.

Alrededor del álamo carolina hay, sin embargo, una vida fugaz; todo un griterío y un movimiento como de máquinas industriales y veloces se permiten acercarse al árbol para darle alguna vitalidad, cierta confianza en el revolucionario y confuso penduleo de la germinación y, luego y siempre, el nacimiento, camino de nuevos sueños y nuevas quietudes, o sea como siempre. Trepida tanta cercanía, desde el hombre al tren y los pájaros solitarios caminantes de un cielo azul, a la que concursan las hojas llenándose de viento y elevando la sensación de nuevas estaciones, por ejemplo inviernos, cuando «nota que se le adormecen las ramas más viejas y después el sueño avanza hacia adentro, aunque nunca llega al corazón del árbol». Las hojas comienzan a desprenderse, como soportando una ancianidad vehemente e inquieta, como recuperando el reposo perdido y aquella sensación de ansiada violencia frente a los minutos más lánguidos: sí, sur-

ge el sueño, el sueño necesario y revitalizador, con esa lluvia, a manera de lágrimas furtivas, alimentando, limpiando y descubriendo todo el corazón del árbol, antes oculto por las plumas verdes y los recios tallos que las extendían hacia la línea del horizonte más lejano.

Septiembre es importante para el renacer. «Para mediados de octubre el viejo álamo está otra vez cubierto de firmes y oscuras hojas que brillan con el sol cuando la brisa las agita a la caída de la tarde. El sol para este tiempo es más firme y proyecta sobre el suelo la enorme sombra del árbol». Se está acercando un momento culminante para la inmensa población de seres que componen un hombre y un árbol, abigarrada multitud de una planosfera de gritos y columnas. Es un tiempo para explicaciones, para reconvenciones sutiles en el camino de existencias angostas y de músicas perdidas en los largos paisajes de la soledad o del miedo. Porque siempre renacer tiene un especial sentido, una maravillada leyenda bajo su propia y tenebrosa quietud. Renacer es configurar una nueva presencia, estimular una red de amarillas exactitudes. Estamos llegando al momento en que el álamo carolina es suficientemente viejo y se siente suficientemente solitario, como cuando el hombre ha pasado por la vida y se sabe sin ningún interés para los demás y ya cercano al minuto inacabado y hundido en todas las humedades de la soledad.

Haroldo Conti en este relato nos habla tanto del amor como de la libertad, pero sobre todo de la angustia que puede reflejar la soledad. Pero también nos habla de la belleza, como si él mismo estuviera entonando una balada cuya música de humareda calculada nos llegara al corazón. El álamo carolina vive con nosotros, se hace largó y extenso ante cualquier presencia y cualquier suceso, como el de los pajarillos acercándose a su perímetro o el tren infundiendo una especie de canción a sus quietas raíces. El árbol es un barco, algo frágil, navegando en unos cielos blancos al lado de breves nubes de algodón.

Ahora volvemos al álamo, pero insistamos que este libro también contiene otros nueve relatos, alguno de los cuales como el titulado «Ad astra» son de una preciosidad inatacable o «Tristezas de la otra banda» son la historia con pies y el recuerdo con amor, eso que tanto prodigó el desaparecido Haroldo Conti, un profundo y magnífico creador, capaz de poner en nuestras manos libros maravillosos donde late la esperanza, esa misma esperanza que a él alguien más vegetal que el álamo carolina, le negó.

«Fue en este verano, cuando el sol estaba bien alto y la sombra era más negra, que el hombre se acercó por fin hasta el árbol». Así nos conduce Haroldo Conti al final de su balada, como si hubiera estado esperando tanto siglos para llegar al hermanamiento que sólo sería predecible en una historia de seres humanos y no en un maridaje como el que nos ocupa. Nos sacude una melodía de gran virtuosismo cuando llegamos al momento en que «el hombre, que parecía tan viejo como el viejo álamo carolina, se sentó al pie del árbol y se recostó contra el tronco».

Ya nada será igual. Dice Conti: «Al rato el hombre se durmió y soñó que era un árbol».

Manuel Quiroga Clérigo

Nueva crónica y buen gobierno

Quizá la gran conciencia crítica que podemos advertir en los escritores hispanoamericanos de hoy sólo sea el exponente de una de las características más importantes de esta literatura cuya larga tradición tendría que remontarse a las crónicas. Desde ellas parece mantenerse intacto un fuerte sentido de la escritura, definida por Roland Barthes como «la reflexión del escritor sobre el uso social de su forma y la elección que asume»¹; advertimos un continuo diálogo con el texto, un verdadero sentido introspectivo del lenguaje como primer nivel creativo o literario.

La reciente publicación de la obra de Felipe Guaman Poma de Ayala, *Nueva crónica y buen gobierno*, esta vez en la colección «Crónicas de América» que edita Historia 16, permite levantar de nuevo el maleficio al que parece ser estaba condenada² y nos da la oportunidad de hablar de una de las primeras formas de transculturización intelectual hispanoamericana, de esa fusión de culturas aquí ejemplificada por este indio cronista. En su caso obra y biografía se convierten en sinónimos de lo problemática que fue la creación de una nueva episteme cultural debida al Descubrimiento. Escrita después de 1580 y antes de 1615, la *Nueva crónica* no pertenece tanto a ese primer período en el que Europa, y España a la cabeza, trataba de crear los esquemas mentales que permitiesen la posible interpretación del Nuevo Mundo, sino a otro más tardío en el que se estaba intentando la asimilación, sobre todo una vez conseguida la incorporación del indígena a la cultura europea. Esta había adquirido tras el impacto de la hazaña un fuerte sentido dinámico que no sólo dirigió su evolución, como explica José Antonio Maravall, hacia los principios de la modernidad³ sino que también transformó su habitual discurso histórico al ser éste más vital e individualizado.

La historiografía europea se vio enriquecida según Enrique Pupo-Walker por la vocación literaria que posee el pensamiento histórico de América. Para él se ejemplificaría en los fragmentos legendarios, míticos o segmentos ficcionalizados, aquellos que crean «un sistema independiente de relaciones que trasponen los signos culturales para infiltrar en la obra connotaciones suplementarias» lográndose «una recodificación del marco referencial y que, a su vez, impone un nuevo significante a la relación histórica como tal»⁴.

¹ Barthes, Roland: El grado cero de la escritura, Madrid, Siglo XXI, 1980, pág. 23.

² El doctor Richard Pietschmann encontró el manuscrito en la Antigua colección Real de la Biblioteca de Dinamarca en 1908. Después de varios intentos frustrados se publicó una edición facsímil a cargo del profesor Paul Rivet del Instituto Etnológico de París.

³ Maravall, José Antonio: Antiguos y modernos, Madrid, Alianza, 1986, pág. 452. La cita dice así: «El disparo de nada menos que todo un continente, al chocar con la trayectoria del pensamiento europeo, hizo orientarse a éste definitivamente hacia los principios de la modernidad, que habían de granar y difundirse en la época de la Ilustración».

⁴ Pupo-Walker, Enrique: La vocación literaria del pensamiento histórico de América, Madrid, Gredos, 1982, pág. 25.